

REVISTA DE
arqueología

USA \$: 7.50

AÑO XV · Nº 157 · Mayo 1994

750 Ptas. (Incl. I.V.A.)

Excavaciones españolas en Qara Quzaq (Siria)

Arte Paleolítico. Nuevos hallazgos en Domingo García

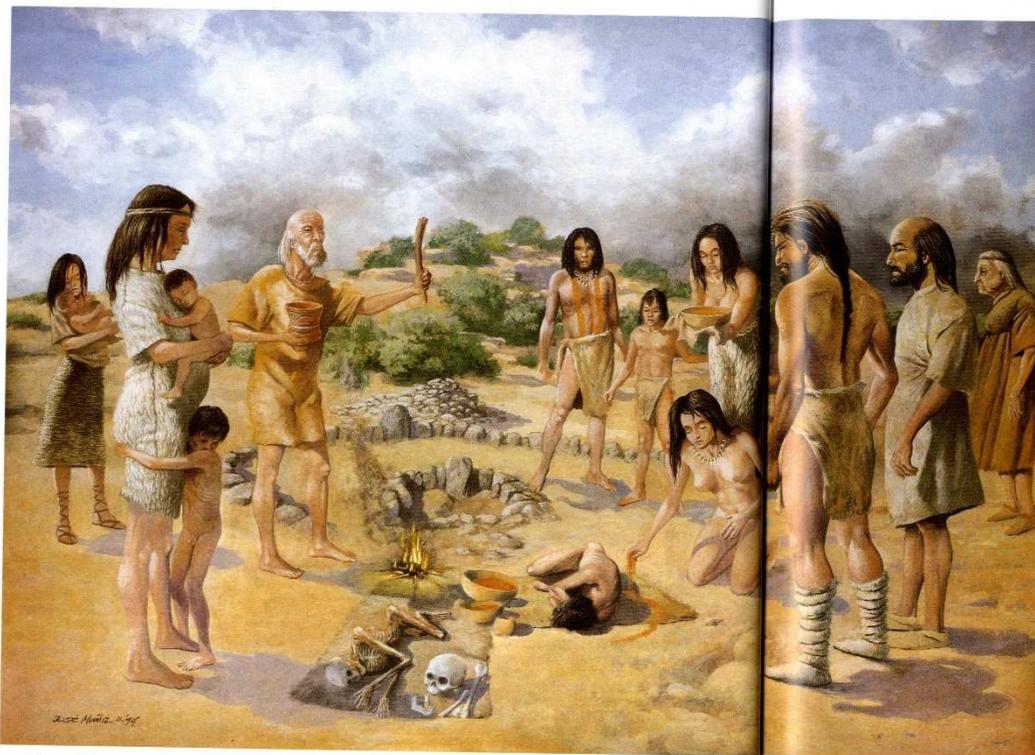
La fortaleza de Romicucho: El Gran Pucará

La Exposición de Arte Rupestre de 1921

Lérida: Nueva sala de arqueología



ALDEAGORDILLO
Y EL ESTUDIO DE LA CUESTION CAMPANIFORME



ALDEAGORDILLO

Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme

Texto: Juan Francisco Fabián García

No es frecuente que la bibliografía arqueológica informe sobre la aparición de nuevos hallazgos funerarios relacionados con el campaniforme en la Península Ibérica. Si bien empiezan a ser habitua-

les estas cerámicas en los poblados, denotando que se trató de una cerámica llegada a todas partes, los hallazgos funerarios intactos, sin embargo, han sido algo excepcional, casi un sueño para quienes trabajamos a

menudo en la investigación sobre el Calcolítico y la Edad del Bronce. Sólo hemos podido manejar hasta hoy los hallazgos relacionados con lo megalítico o las cuevas sepulcrales, casi siempre alterados, y un puñado de

hallazgos casuales a los que los arqueólogos llegábamos -cuando esto era posible- solamente a tiempo de recibir las explicaciones del agricultor y rescatar para las vitrinas del Museo toda o una parte del ajuar. Pero el fomento experimentado por las investigaciones sobre la Prehistoria reciente y, también, ciertas casualidades, han permitido que entre 1991 y 1992 hayamos podido excavar en la provincia de Avila dos enterramientos intactos con ajuar campaniforme: la fosa de Valdeprados (Aldea del Rey Calcolítico) y el Túmulo 1 del yacimiento de Aldeagordillo, ambos situados en las inmediaciones de la capital abulense. A ellos hay que unir un número ya aceptable de habitats en los que se ha hallado esta cerámica, contribu-

Uno de los problemas más importantes a los que se ha enfrentado tradicionalmente la investigación del aspecto campaniforme, sobre todo en lo funerario, ha sido la falta de testimonios intactos susceptibles de ser estudiados metódicamente.

La alteración presentada por la mayoría de los megalitos ha servido para conocer, únicamente, la utilización de estos sepulcros con ritual campaniforme en un momento dado, pero no los pormenores y circunstancias del enterramiento.

Aldeagordillo es actualmente uno de los yacimientos donde pueden estudiarse en profundidad los rituales funerarios en los primeros siglos del II milenio a.C. y, en concreto, del campaniforme, cuyo significado y connotaciones están aún por resolver.



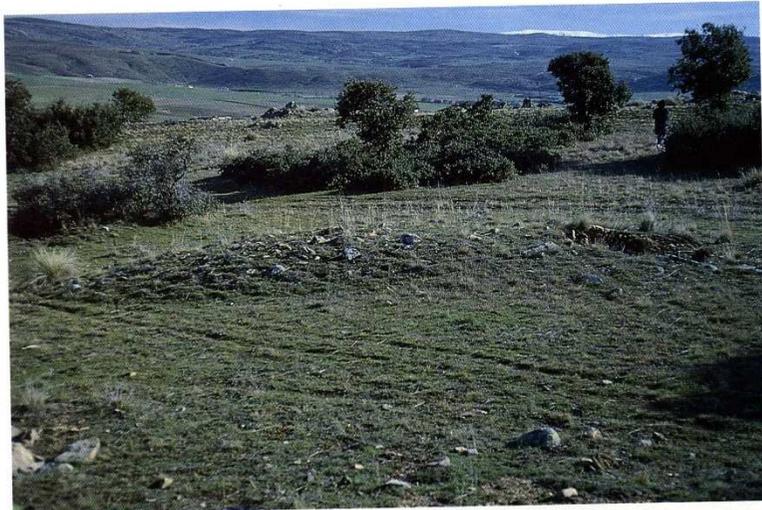
A la izquierda: Reconstrucción ideal del ritual funerario practicado en el Túmulo 1 (Dibujo: José Muñoz Domínguez). **Arriba:** El yacimiento de Aldeagordillo con el Valle de Ambles al fondo.

yendo entre unos y otros a edificar nuevas bases para su estudio y su todavía enigmático significado. Tanto el hallazgo de la fosa de Valdeprados como la excavación del Túmulo 1 de Aldeagordillo, responden, cada uno en su estilo, a ciertas casualidades que en Arqueología no se dan con demasiada frecuencia y que son las que en este tipo de hallazgos han provocado bien la destrucción del enterramiento y su posterior saqueo o bien que permanezcan sin investigarse durante mucho tiempo algunos testimonios que son conocidos, pero de los que se desconoce cuáles su contenido, como más adelante explicaré a propósito de Aldeagordillo.

La fosa de Valdeprados, excavada a través de una intervención de urgencia dirigida por J. Gómez, apareció casualmente en el solar que ocupaba una reducida necrópolis de época medieval, para cuya documentación se había planeado la intervención de urgencia. Se trataba de una fosa excavada en la roca, sin adver-

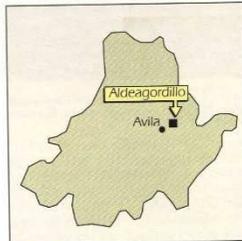
tenencia superficial alguna, rellena de piedras y tierra, en la que apareció un paquete de huesos que no constituían la inhumación de un cadáver y, en el fondo, un característico ajuar campaniforme, aunque con el vaso y el cuenco lisos y sin cazuela (Gómez y Sanz, 1991). Lo verdaderamente curioso es que entre las tierras del relleno aparecieron un cierto número de trozos de cerámica campaniforme de estilo Ciempozuelos, que sin duda fueron transportados y arrojados a la fosa intencionadamente, ya que no existe yacimiento de habitación en este lugar. Es como si en el ritual llevado a cabo en la fosa, la memoria del inhumado no hubiera "marecido" ostentar vasos decorados, aunque quería dejarse constancia de su relación con quienes los utilizaban. Es difícil ratificarlo a ciencia cierta, pero indudablemente esta interesante conivencia se presta a hipótesis en este sentido.

El hallazgo de Aldeagordillo se debe, también de algún modo, a una casualidad, aunque no tan anecdótica como la de Valdeprados. Aldeagordillo fue dado a conocer por J.J. Eiroa en 1970



a propósito de unos sondeos que llevó a cabo en el yacimiento y que publicó brevemente en el XII Congreso Nal. de Arqueología (Eiroa, 1973). Pero Eiroa lo daría a conocer como un poblado de la Edad del Bronce, sin mencionar que se trataba, además, de un reducido campo de túmulos, construidos sobre el techo de los niveles del poblado anterior, cuya atribución cultural, hoy conocida a través de las excavaciones actuales, corresponde al Calcolítico y primeros momentos de la Edad del Bronce.

Financiados por la Junta de Castilla y León, a través de la Dirección Gral. de Patrimonio, se han excavado un total de cuatro túmulos, habiendo desaparecido completamente dos más por acción de los furtivos. Fue precisamente la incidencia de estos en el que contenía el enterramiento campaniforme lo que motivó la intervención y puede decirse que ésta se produjo justo a tiempo de que la remoción emprendida en el centro del túmulo afectara ya a uno de los cráneos. Afortunadamente podemos decir que por una vez nos adelantamos a la destrucción de un testimonio del que nunca hubieramos supuesto ni su existencia ni tampoco importancia. Pienso esto porque en muchas ocasiones se han detectado campos de túmulos en los que se llevaron a cabo excavaciones con el fin de conocer su identidad y su contenido y después de excavar en dos



Arriba: El Túmulo 1 antes de la excavación. A la derecha, remociones furtivas. Abajo: Localización del yacimiento.

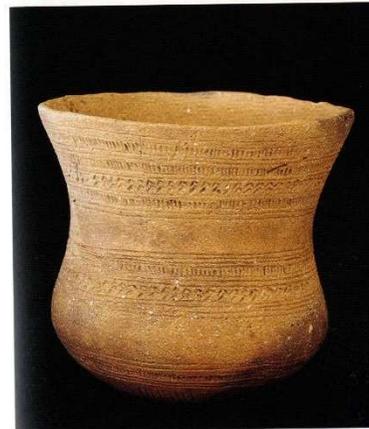
o tres de ellos el arqueólogo abandonó el proyecto desorientado y desanimado por el enigmático contenido, en la mayoría de las veces reducido a un puñado de fragmentos de cerámica, que más que depositados allí parecían arrojados con la tierra (p. Martín Carballo y otros, 1992). Sin duda, si las actuales excavaciones hubieran comenzado por el Túmulo 3, el 4 ó el 9, en lugar de hacerlo por el 1, el planteamiento a la hora de investigar el yacimiento hubiera sido otro y Aldeagordillo figuraría, con toda seguridad en mi informe como "uno más de esos enigmáticos campos de túmulos, cuyo contenido se escapa a nuestras suposiciones e ilusiones,

sin aportar su excavación pistas que indiquen el significado que tuvo"; y probablemente el Túmulo 1 estaría aún en su lugar y descansando, inéditos en su interior, seguirían los interesantes enterramientos que contenía. Pero la casualidad y, esta vez la "ayuda" de los furtivos, hace que hayamos emprendido el estudio de todo el yacimiento, sin el desánimo de ignorar, ni siquiera, si se trataba de túmulos antiguos o modernos. El planteamiento de los trabajos es pues otro y dado que es un número reducido de túmulos (restan por excavar únicamente 4), la idea es excavarlos todos e intentar conjugar los datos de unos y de otros para conocer el verdadero significado de este lugar una vez abandonado lo que fuera un típico habitat calcolítico de la zona.

Con el fin de dar a conocer inmediatamente el hallazgo campaniforme para uso inmediato por los investigadores, al menos en lo más general, realicé una primera publicación en el BSAA de Valladolid (Fabián, 1992), anterior, incluso, a la finalización de los trabajos en el Túmulo 1, siendo aquella, como lo es también ésta, avances de una memoria final, que contendrá el estudio de cada uno de los túmulos excavados y la valoración general del yacimiento.

EL YACIMIENTO

Como muchos otros yacimientos



Arriba y abajo: Túmulo 1. Ajuar cerámico del enterramiento. (Foto: J. R. San Sebastián).

de la misma época, Aldeagordillo está ubicado en la falda Sur del reborde Norte del Valle de Ambliés, buscando el abrigo que este reborde proporciona, aunque no se trate de uno de los casos más expresivos de protección conocidos en la zona. El lugar concreto que ocupa es una pequeña meseta de menos de media hectárea, cuya elección puede que tenga un cierto interés estratégico. En cualquier caso se halla en posición dominante sobre el inicio, por el Este, del Valle de Ambliés, alzándose en unos 125 m. de pendiente abrupta.

Por lo que conocemos del yacimiento, la primitiva elección del lugar se produjo en un momento inmediatamente posterior al 2400 a. Cr., permaneciendo habitado, probablemente,

hasta los primeros siglos del Segundo Milenio a. Cr., es decir durante el tiempo que en esta zona se desarrolla la cultura calcolítica con todos sus ingredientes típicos. Será a partir del abandono de este lugar como poblado cuando se convierta en un campo de túmulos. Así lo han atestigüado con claridad las excavaciones en los Túmulos 1 y 3, situados en plena zona donde se produjo la habitación.

Como poblado se trató de un pequeño habitat, compuesto por una serie de construcciones circulares u ovoides, desmontadas todas o en parte para construir los túmulos posteriores. Solamente los cimientos de esas construcciones nos permiten ahora reconstruir la fisonomía del

asentamiento, en sintonía con respecto a lo que fue la cultura calcolítica en el Valle de Ambliés, perfectamente ligada, por otra parte, al Calcolítico del Valle del Duero y, más concretamente, a lo que se ha dado en llamar "Facies de Las Pozas". La única fecha de C-14 obtenida por el momento parece indicar que hacia el 2.165 ± 20 a. Cr. el poblado se encontraba en la mitad de su desarrollo. Lo más probable es que continuara habitado hasta entrado ya el Segundo Milenio, tal vez hasta el mismo siglo XVIII a. Cr., fecha por C-14 en la que debió producirse la construcción del Túmulo 1 abandonado ya el poblado.

Caben varias interpretaciones al hecho de que se elija como necrópolis el antiguo poblado ya abandonado. Resulta tentador pensar que los mismos habitantes del poblado o sus inmediatos sucesores eligieron la meseta de Aldeagordillo como lugar sagrado para honrar la memoria de sus antepasados, que durante tanto tiempo habían habitado aquel lugar. Pero de ningún modo debe desdiseñarse una hipótesis más sobria, la que relacionaría la elección del lugar como necrópolis con la abundancia de materia prima para construirla, es decir, utilizando las piedras de mediano tamaño producto de las construcciones correspondientes al poblado. Quizá no resulte tan hipotético pensar que además de cualquiera de los dos posibles circunstancias expuestas, o de otras más difíciles de imaginar, se buscó un lugar destacado, sobresaliente, con cierta majestad sobre el valle para colocar a los muertos. El ya referido enterramiento de Valdeprados fue ubicado en lo alto de una pequeña, pero significativa elevación en el borde del valle, no sé si buscando ahorrar esfuerzos o queriendo colocar a un determinado personaje fallecido en un lugar de fácil referencia en el paisaje. Lo cierto es que fue elegido este lugar y allí construyeron, al menos, diez túmulos con diferente tamaño y contenido. Ya he dicho que dos de ellos desaparecieron expoliados y es muy probable que al menos en uno de los dos existiera un enterramiento con una ajuar consistente en recipientes cerámicos.

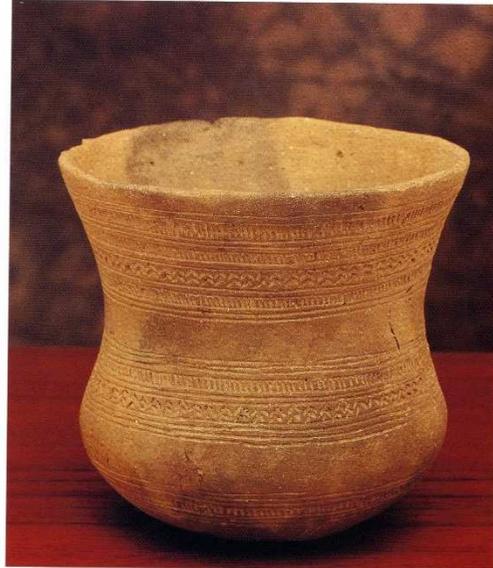
De los diez túmulos, ocho forman una especie de círculo y dos quedarían aproximadamente en el centro; uno de ellos es el Túmulo 1, en el que aparecieron los enterramientos con ajuar campaniforme y otro es uno de los dos destruidos por los furtivos y sobre el que tengo alguna vaga referencia a cerca del hallazgo en él de un enterramiento con ajuar. El resultado de la excavación hasta el momento de cuatro túmulos, con lo que antes he apuntado, inclinaría a pensar, como

hipótesis de trabajo, que de alguna manera los ocho túmulos que constituían el círculo sirvieron para contener en su interior a dos túmulos con inhumaciones. Pero sólo el resultado de la excavación de los cuatro que aún permanecen intactos podrá desvelar el misterio. Es, por tanto, indispensable continuar las excavaciones, porque, como veremos más adelante, todos los túmulos de Aldeagordillo podrían no ser conjuntos cerrados independientes, sino partes de un mismo elemento que no puede sino estudiarse en su conjunto.

El Túmulo 1

Ubicado el centro de la meseta y hacia el centro, también, del pseudocírculo formado por los demás, aparecía en principio como un amontonamiento de piedras y tierra de 10'4 por 6'6 m., sobresaliendo del nivel natural del suelo en poco más de un metro. Tenía un pequeño cráter de 50 cm. de profundidad en el centro y otro, mayor, en el lado Este, ambos excavados por furtivos.

Tras el rebaje de varias plantas de piedras, arrojadas la mayoría, sin otra pretensión ni cuidado que para crear un amontonamiento con ellas, aparecieron dos semicírculos concéntricos formando sendos arcos de Este a Oeste, constituidos por piedras de tamaño mediano, alineadas. En el avance de la publicación en el BSAA de 1992 solamente citaba la existencia de un arco debido a que en el momento de realizarla estaban aún en curso las excavaciones y no se había ampliado lo suficiente el corte como para conocer el túmulo en toda su extensión. En el arco interior, hacia la mitad, colocaron una piedra cilíndrica que a modo de monolito sobresalía con claridad con respecto a las piedras que constituían el arco. La coincidencia del semicírculo más externo con los límites mismos del túmulo hace pensar, con muchas probabilidades de acierto, que se trató de una forma de contener la expansión del amontonamiento, sobre todo en la parte Este, donde la pendiente natural del terreno es mayor y por tanto mayor la precipitación de las piedras si no hay algo que las contenga. El semicírculo interior debe obedecer al deseo de crear un espacio funerario, una cámara en la que instalar a los muertos. Tanto la base de las piedras de este semicírculo como las de su concéntrico, estaban apoyadas en un mismo suelo y a la misma altura, lo que indica que fueron colocadas sin más pretensiones sobre el suelo que pisaban, sobre el que también apoyaron la base de un hogar situado en la zona Sur, es decir allí donde el semicírculo no se



Arriba: Túmulo 1. Ajuar cerámico del enterramiento. Abajo: Detalle. (Fotos: J. R. San Sebastián).

completaba, facilitando de esa manera el acceso a la cámara y a la cista. Al lado de este hogar apareció un fragmento del mentón y otro de cráneo con huellas de exposición directa al fuego correspondientes a un niño menor de seis años.

En el centro de la cámara fue excavada una fosa cuyas paredes reforzaron con una especie de mampuesto; en algún punto especial, como por ejemplo donde situaron la cabeza de los dos individuos infantiles y el ajuar cerámico, clavaron lajas especialmente elegidas para lo que se pretendía. Quedó así configurado un cistoide

rectangular, con orientación Norte-Sur, presidido en la cabecera Norte por una laja más larga y estrecha que sus vecinas (90 por 24 cm.), con sección triangular y un ensanchamiento en el extremo visible que provocaba un efecto de visera. Pero esta piedra, que con cierta lógica bien hubiera servido para marcar el lugar de la cabeza, fue colocada todo lo contrario, para los pies de los inhumados. No puede decirse que se tratara de una construcción cuidada, su elementalidad se confundía con facilidad, bien mirado, con una clara tosqueidad.



Arriba a la izquierda: Túmulo 1. Estela cilíndrica in situ sobresaliendo del nivel general de las piedras de la cámara. Arriba a la derecha: Túmulo 1. Nivel de base de la cámara y esbozo de las lajas de la cista. A la izquierda: Estructura completa del Túmulo 1, al final de los trabajos.

Contenía restos de tres individuos, dos de ellos en contacto, aunque no mezclados y, otro, incompleto, separado de los anteriores por una capa de tierra y pequeñas piedras. Este último era un adulto que no alcanzó los 40 años y que tenía en el cráneo de exposición al fuego. En cuanto a los dos restantes, que se encontraban prácticamente completos, se trataba de dos niños de entre 6 y 10 años, según han determinado los antropólogos Dres. Caro Dobón, Rodríguez Otero, Sánchez Compañera y Prada Marcos, todos ellos del Departamento de Biología Animal, en la Facultad de Biología de la Universidad de León, a quienes tengo que agradecer su interés en el estudio de estos restos.

Mientras que el adulto aparecía con los huesos dispuestos desordenadamente, en el inicio de la colmatación de la fosa al nivel del suelo que pisaban, los dos niños lo hacían juntos, uno sobre el otro, con la misma orientación Sur-Norte, incluso con los cráneos muy cercanos. Junto a la cabeza del más profundo fueron depositados un pequeño vaso campaniforme decorado al estilo Ciempozuelos y un cuenco liso con

umbo en la base. Entre la tierra aparecieron dos cuentas de collar de variscita, una de ellas completamente calcinada.

En el área de los túmulos, enterrados en el nivel de habitación anterior, aparecieron en puntos diversos, algunos recipientes cerámicos, de distintos tamaños que pueden ser interpretados como un ajuar periférico; dos de ellos son de tamaño pequeño y grande respectivamente y pueden ser considerados como cerámica común dentro de lo que eso puede significar en la vajilla de un yacimiento calcolítico. Pero los hallados en la zona Este eran cerámica mucho más cuidada, en particular uno de los vasos, cuya forma es característica de los poblados calcolíticos del entorno: se trata de pequeños vasos de cuerpo troncocónico y base ligeramente curvada, formando una especie de carena baja en el contacto del cuerpo y la base; su superficie es siempre bruniada y su calidad muy buena. No puede asegurarse que la presencia de todos estos recipientes enterrados en la periferia del túmulo o bajo el correspondan verdaderamente al ritual llevado a cabo a propósito de las inhumaciones; pero parece lo más

probable, al menos en cuanto a los de tamaño más pequeño, enterrados casi a ras de suelo, sin duda queriendo evitar su rotura en el momento de llevar a cabo el amontonamiento de piedras. Los otros dos, de tamaño ligeramente mayor, dispuestos en su posición funcional en la zona Sur y Sur-Oeste, si no fueron colocados en ese momento, estarían visibles cuando se llevó a cabo el ritual, correspondiendo a la etapa anterior. Aunque considero esta posibilidad, me inclino a pensar que se trata de un verdadero ajuar periférico, quizá enterrado en esta zona para diferenciarlo del campaniforme que acompañaba a los inhumados.

El enterramiento debió ser todo él simultáneo. Y la decisión de incorporar al recién fallecido los restos de los otros inhumados, tal vez familiares directos, puede tratarse de una simple cuestión sentimental, sin más trascendencia, como también hoy se practica con cierta frecuencia, sin que ello suponga un trasfondo más complejo. Resultaría interesante conocer dónde se encontraban los restos de los otros tres individuos antes de ser depositados en la fosa. Con toda seguridad fueron sacados de otro lugar, al menos el adulto y el niño del que se encontraron los huesos restos junto al hogar. El adulto en concreto presentaba unas características de conservación que no eran las de los dos niños enterrados juntos. Por otro lado la colocación de sus huesos delataba claramente que se habían tomado los huesos por separado o, al menos, antes de su deposición en la cista había ya descomposición anatómica. En el esclarecimiento del origen de los restos incorporados al enterramiento original, será fundamental la excavación de

los restantes túmulos del yacimiento, por si alguno de ellos hubiera sido el primitivo lugar de enterramiento de estos individuos.

Túmulo 3

Comparado con el Túmulo 1, el 3 era algo más pequeño (8'3 por 5'7 m.), aunque con un aspecto general parecido. Piedras de tamaño mediano y pequeño formaban un montículo que sobresalía del suelo actual aproximadamente un metro.

Excavado con la misma metodología que lo fue el Túmulo 1, es decir mediante el rebaje de capas sucesivas de piedras, contenía en su base un nuevo semicírculo de piedras similar en líneas generales al descrito para el caso anterior, es decir un alineamiento curvo constituido por piedras de tamaño mediano, colocadas todas sobre un mismo suelo horizontal, que, como en el Túmulo 1, era el techo del nivel de habitación. La diferencia más ostensible es que en este caso la orientación era Sur, mientras que en el Túmulo 1 era la mitad Norte la que quedaba protegida por el arco. En el centro no apareció ninguna estructura definida, únicamente una mancha circular más oscura, como si fuera la huella de una hoguera totalmente extinguida. En un lado, tocando con una de las paredes del arco, parecía intuirse una estructura rectangular no del todo definida, a modo de un nuevo cistoide, pero aún más tosco que el del Túmulo 1. No contenía nada que pudiera asociarse con un enterramiento, únicamente algún fragmento de cerámica y de fauna de los que aparecieron con frecuencia entre el relleno de todos los túmulos, consecuencia del uso en su construcción de la tierra correspondiente al nivel calcolítico anterior.

Aunque no está todavía exhaustivamente revisado todo el material óseo aparecido en la excavación de este túmulo, no parece probable que éste hubiera contenido un enterramiento alguna vez, desapareciendo por acción de saqueadores antiguos o modernos o por otras circunstancias. Me inclino a pensar que el Túmulo 3 fue construido para otros fines, probablemente relacionados con alguna práctica funeraria, aunque su función no fuera contener inhumaciones.

Túmulo 4

Las proporciones de este túmulo eran sensiblemente más reducidas que las de los dos anteriores, pero muy parecidas sus características generales externas. En su construcción no se empleó tanto esfuerzo como en el 1 y el 3, sus dimensiones



Arriba: Túmulo 1. Vasos enterrados en la periferia de la cámara.

A la derecha: Túmulo 3. Estructura semicircular en la base y mancha oscura central.



y la cantidad de piedras acumuladas era sensiblemente menor. Después de tres capas de piedras, aparecía un suelo menos denso de piedras y un cambio en la coloración de la tierra, que ahora se hacía más oscura, mostrando un ámbito circular coincidente con el área original del amontonamiento. Enseguida aparecía el nivel de habitación del yacimiento y, excavado en él, a poca profundidad, una curiosa estructura constituida por un doble alineamiento de piedras colocadas, sin más, sobre el suelo, con dirección Norte-Sur y cerrando, a modo de cabecera, por el Sur. Indudablemente no se trataba de una construcción fortuita, si bien su tosca huella de donde estuvo. No hay que olvidar, correspondo no con el contenido de alguno de estos túmulos, que en el Túmulo 1 aparecieron restos de 3 individuos, que si bien fueron enterrados con un cuarto, estos habrían muerto antes y debían estar enterrados en otro lugar, sacándose de sus tumbas para acompañar al recién fallecido; así parece demostrarlo el hecho de que no sólo no estén todos los huesos de estos tres sino que fueron colocados en una disposición no anatómica, aunque algunos miembros permanecerían todavía unidos por los ligamentos.

Túmulo 9

Uno de los cometidos de la segunda campaña de excavaciones fue excavar, si era posible, tres túmulos



Arriba: Túmulo 3. A la izquierda: Túmulo 3. Estructura semicircular en la base y mancha oscura central.

de tamaños diferentes, de modo que en una tercera campaña pudieran establecerse comparaciones en cuanto al contenido, según se tratara de unos tipos u otros.

El Túmulo 9, muy cercano al 4, ambos en el inicio de la pendiente Este del yacimiento, aparecía en superficie como un abultamiento de piedras de reducidas dimensiones (3 por 2'5 m.) y con un débil intento actual de saqueo que no llegó a profundizar demasiado. Después de tres capas de piedras de tamaño mediano aparecía un nivel oscuro con poca potencia, tras él, el granito degradado que constituye la roca madre del yacimiento. Ese nivel oscuro es el nivel de habitación del yacimiento, en esta zona completamente de arrastre. Sólo una particularidad que reseñar: entre las piedras del túmulo, con suma claridad, aunque con la misma sensación tosca, aparecieron dos semicírculos concéntricos cubriendo la parte Este del túmulo, construidos con una sola hilera de piedras cada uno y mayor tamaño que el resto de las piedras que componen el amontonamiento. El más externo, construido en la base del túmulo, sirvió para contener las pie-

dras amontonadas y que no se precipitaran por causa de la pendiente. El más interior, en cambio fue construido sobre la primera capa de piedras depositadas en la base. Puede que tuviera el mismo sentido que el anterior, queriendo garantizar que las restantes piedras, que componían el túmulo, no quedarían derramadas por el entorno en poco tiempo, pero también debe considerarse otras posibilidades dada su similitud con las estructuras del Túmulo 1.

Como en los tres anteriores no apareció ningún elemento que hiciera pensar que se trataba de un enterramiento, sólo algunos fragmentos de cerámica y una punta de flecha que considero más como un material arrastrado o procedente del relleno que relacionado con el túmulo.

VALORACION DE LO EXCAVADO

Sin duda lo conocido hasta este momento sobre los túmulos de Aldeagordillo se presta a diversas interpretaciones. Por ello y teniendo en cuenta lo que resta por investigar aún, parece lo más prudente hacer una valoración general de lo averiguado hasta hoy y esperar a la exca-

vación de todos los túmulos para formular una interpretación con garantías.

Uno de los detalles más evidentes parece ser ya que los túmulos fueron construidos sobre el techo del nivel calcolítico anterior, aprovechando los restos constructivos aún visibles en aquel momento. Los Túmulos 1 y 3 fueron levantados junto a sendas construcciones anteriores cuyos cimientos no serían desmontados porque quedaban ya ligeramente ocultos bajo el suelo que se pisaba en ese momento. Otro punto interesante es la similitud entre todos los casos excavados, al menos en cuanto a alguno de los elementos más importantes que los componían, detalle que hace pensar que son contemporáneos y que podrían haber sido construidos o bien de una vez o por las mismas gentes en un determinado espacio de tiempo. Lo que no es igual es el "contenido funcional" de cada túmulo; esto es lo que hace pensar en la posibilidad de que existiera una relación de dependencia entre todos los que no contenían inhumación y el que la tuvo o la tuvieron, si es que hay o hubo más. Indudablemente se produjo un cambio de uso en el lugar y ese cambio, por lo visto hasta ahora, tuvo que ver al menos en uno de los casos con lo funerario; no sería extraño pensar que el nuevo uso fue el funerario y la ausencia de enterramientos en los Túmulos 3, 4 y 9 se deba a otros rituales alternativos al de inhumación utilizado en el 1 o, simplemente, se trate de construcciones relacionadas con un único enterramiento. En ese caso la reconstrucción de todo el ritual será muy complicada de obtener. El trabajo de construirlos no debió ser una mera diversión ni tampoco una casualidad que hoy pudieramos asociar con lo que sí fue un enterramiento, el del Túmulo 1. Pero averiguarlo más allá de decir que se trató de un ritual complejo va a costar mucho trabajo, si no obtenemos pruebas que demuestren indicios más claros que los mostrados por los Túmulos 3, 4 y 9. Es lógico que las investigaciones deban continuar hasta excavar los restantes 4 túmulos. Evidentemente el yacimiento lo merece y la posibilidad de un avance significativo en un aspecto con tan pocos casos potenciales por investigar, supone una oportunidad que no puede desperdiciarse.

Sean cual sean las conclusiones finales que sobre el campo de túmulos de Aldeagordillo obtengamos, no servirán para explicar todavía el complejo problema de interpretación, en todos los sentidos, que las cerámicas campaniformes parecen representar. Pero si supondrán un eviden-

te avance o, por lo menos, un valioso testimonio para establecer comparaciones e incluso para iniciar investigaciones donde no nos atrevíamos por miedo a fracasar.

La fosa de Valdeprados y Aldeagordillo suponen, por ahora, los dos únicos testimonios funerarios excavados por arqueólogos y publicados, en la Meseta Norte. A su diversidad formal y contextual hay que añadir otras diversidades correspondientes a nuevos o viejos casos, no excavados por arqueólogos, pero válidos a nivel general. Es, pues, el problema de la diversidad de formas y contextos un aspecto obligado de tratar.

Resulta curioso observar como en una misma zona, con distancias no superiores a los 60 Km., encontramos en un mismo tiempo formas diversas de enterramiento y contenidos diferentes en ellos, sea dentro del propio mundo del campaniforme y de otros paralelos, perfectamente interrelacionados, al menos en los poblados. La fosa colectiva de Bercial de Zapardiel, en el Norte de Avila, fechada por C-14 en el 1830-1880 a. Cr., con restos de 13 individuos inhumados, no simultáneamente, sin ajuar (Fabián, 1994), la conocida tumba de Fuente Olmedo (Martín Vals y Delibes, 1989), las fosas individuales y dobles de Don Hierro, presumiblemente contemporáneas del campaniforme pero sin ajuar de este tipo (Delibes 1988; Fabián, 1994), el propio dolmen del Prado de las Cruces, a menos de 4 Km. de Aldeagordillo, con materiales que llegan, como en tantos otros dólmenes salmantinos y zamoranos, hasta el Bronce Medio/Final (Fabián, 1988) o la referida fosa de Valdeprados (Gómez y Sanz, 1991), por citar solamente los casos abulenses y de su entorno más inmediato, muestran un panorama variado donde aparecen mezclados varios tipos y formas.

Como no parece probable que existieran unas pautas rígidas de ritual, imponiendo, al menos, formas precisas, lo más acertado será pensar que la forma del enterramiento era una cuestión menor, no importando tanto que fueran tres o uno los inhumados en una cista, que fuera una cista o una fosa, que hubiera un túmulo de piedras, de tierra o una simple estela clavada; seguramente lo importante radicaba en quién podía utilizar esa cerámica y quién no, quién debía ser enterrado con ajuar y quién sin él e, incluso, quién debía utilizar campaniforme liso y quién decorado. Estoy seguro que tras esas cuestiones hay más fondo que analizando escrupulosamente tipologías de enterramiento, que pueden responder a coyunturas muy concretas, más que a costumbres firmes y generalizadas. Y



Arriba: Túmulo 4.
A la derecha:
Base del Túmulo 4:
estructura
rectangular.



pienso esto aún observando el gran paralelismo formal entre la Mamoa 1 de Cha de Carvalho (Cruz, 1992) y El Túmulo 1 de Aldeagordillo.

ALDEAGORDILLO Y SU ENTORNO ARQUEOLÓGICO

Resta por abordar el aspecto de la relación de los túmulos de Aldeagordillo con los habitats contemporáneos del Valle de Ambles, de donde se supone que procedía la población que los construyó. Poco a poco el Calcolítico de este valle abulense va siendo mejor conocido, gracias a nuevas excavaciones y prospecciones. Así se ha comprobado como la cerámica campaniforme aparece en un buen número de yacimientos, cuyo contexto general es calcolítico. Pero es siempre escasa e incluso en los poblados en donde se hicieron excavaciones, no apareció en niveles intactos, aunque sí había algunos materiales que con frecuencia aparecen en otros lugares asociados a ella, sea en tumbas o, estratificado, en habitats. Quiere esto decir que la cerámica campaniforme fue de sobra conocida en el Valle de Ambles y si no la

hemos encontrado en los poblados excavados quizá se deba al volumen de lo excavado, a su escasez dentro de todo el conjunto de materiales, a que por la razón que fuera no se utilizó allí o, simplemente, a que no se desechó ningún recipiente; aunque, si tenemos en cuenta el caso del reaprovechamiento ritual de los fragmentos en la fosa ya citada de Valdeprados (Gómez y Sanz, 1991), su escasez en los poblados también podría deberse a hechos como este. Parece claro que se trata de una cerámica creada para una función o funciones especiales, dada la rareza que implica e incluso la ruptura y novedad que supone en el contexto de las decoraciones más puramente calcolíticas de casi todas partes. Lo evidente es que no parece que fuera una cerámica abundante en los poblados, tan poco abundante en realidad como lo es el resto de la cerámica decorada en los mismos poblados y, dentro de ella, de algunos motivos, como por ejemplo los triángulos punteados, siempre o casi siempre presentes, pero nunca abundantes. La diferencia radicaría en su carácter funerario, que probablemente no era



Arriba: Túmulo 4.
La estructura
rectangular
de la base una vez
excavada.
A la izquierda:
Túmulo 9.



exclusivo, es decir en tener al menos una importancia funeraria destacable, acompañando, además, a otros elementos que dan una evidente sensación de estar marcando un prestigio. No es frecuente, al menos en la Meseta Norte, que existan esos elementos de prestigio, como pueden ser las armas o los aplicques de oro, sin la asociación directa de la cerámica campaniforme. En el Túmulo 1 de Aldeagordillo ocurre al contrario y habría que preguntarse si la ausencia del ajuar metálico habitual no responde al contenido del enterramiento, es decir a que se tratara de un niño y que, por tanto, no hubiera llegado aún a detentar tales armas. Recuérdese que aunque en el Túmulo 1 aparecieron restos de 4 individuos, 3 de ellos suponen un enterramiento secundario y sólo uno -infantil- parece ser el que provocó la construcción del túmulo y el que detentaba el ajuar, a juzgar por la proximidad del ajuar a su cabeza.

En las inmediaciones de Aldeagordillo conocemos ya bastantes asentamientos cuya cronología pudo haber alcanzado la época en que el C-14 sitúa el enterramiento del Túmulo 1

(1725 ± 25 a. Cr.) e incluso, uno de ellos, está a menos de 1 Km. Pero es difícil con los datos que tenemos atribuir la paternidad a uno de esos yacimientos, porque entre otras cosas desconocemos el fundamento de esta cerámica y de sus enterramientos, no sabemos si era utilizable en todos los poblados de una zona o sólo en algunos, ni tampoco si su máximo carácter de objeto prestigioso lo alcanzaba precisamente cuando era utilizada como ajuar funerario. Ni siquiera parece prudente todavía pronunciarse con garantías sobre el hecho de que a tan sólo 4 Km. de Aldeagordillo, en el dolmen del Prado de las Cruces (Fabián, 1988) en esta época, e incluso después, continuaran enterrando, mientras que en Aldeagordillo, Valdeprados, Pajares de Adaja o Fuente Olmedo lo hacían diferente. Eso implicaría dos costumbres diferentes en un mismo territorio. Algo perfectamente admisible si pensamos que el enterramiento en dólmenes podía haber entrado en un periodo de decadencia, dándose ya paralelamente otras formas. Esto tendría alguna lógica, aceptando la mayoría de las corrientes

actuales, si en esta zona encontráramos un núcleo dolménico que justificara el uso de dólmenes en un territorio donde los habitats calcolíticos son muy abundantes. Pero es exactamente al contrario, este dolmen es un caso excepcional, por tanto durante mucho tiempo las costumbres funerarias pudieron ser otras o, al menos, mucho más variadas de lo que pensamos, pudiéndose dar sin problemas distintas formas a la vez, no sólo en los inicios de la Edad del Bronce, sino antes también, como bien empiezan a demostrarlo los hallazgos calcolíticos de enterramientos individuales, dobles o triples en fosa suficientemente publicados unos y en prensa otros (Fabián, 1994) que parecen mostrar un mundo funerario más amplio en formas y más acorde con la realidad de algunas zonas en las que las ausencias a la norma habían sido interpretadas como producto de la falta de prospecciones.

BIBLIOGRAFÍA

- CRUZ, D. J. da (1992). "A Mamoa 1 de Cha de Carvalho (Serra da Aboboreira)". Univ. Coimbra. Instituto de Arqueología. Coimbra.
- DELIBES, G. (1988). "Enterramiento calcolítico en fosa de El Ollar, Don Hierro (Segovia)". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria. Tomo 1. pp. 227-238*. Madrid.
- EIROA, J. J. (1973). "Noticia de un yacimiento de la Edad del Bronce en Aldeagordillo (Avila)". *XII Cong. Nal. de Arqueología*. Jaén 1971. Pp. 233-241. Zaragoza.
- FABIÁN, J. F. (1988). "El dolmen del Prado de las Cruces, Bernuy-Salmero (Avila)". *Revista de Arqueología nº 86*, pp. 33-42. Madrid.
- FABIÁN, J. F. (1992). "El enterramiento campaniforme del Túmulo 1 de Aldeagordillo (Avila)". *BSAA*. t. LVII. pp. 97-132. Valladolid.
- FABIÁN, J. F. (1994). "El enterramiento colectivo en fosa de El Tornillar (Bercial de Zapardiel, Avila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente del Sur de la Meseta Norte". (En prensa).
- GÓMEZ, J. y SANZ, P. (1991). "Informe sobre la excavación de urgencia en el yacimiento de Valdeprados, Aldea del Rey Niño (Avila)". Servicio T. de Cultura de Avila (Texto mecanografiado).
- MARTÍN CARBAJO, M. A. y otros (1992). "El campo de túmulos de La Manguita (San Vitero)". *Anuario 1992. Instituto de estudios zamoranos Florián Ocamo*. pp. 35-55. Zamora.
- MARTÍN VALS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1989). "La cultura del Vaso Campaniforme en las campañas meridionales del Valle del Duero: el enterramiento de Fuente Olmedo. Valladolid... Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid. nº 1 (2ª edición). Valladolid.

